



Stefany Liddiard Cárdenas

2021

La ética en el uso de testimonios de una comunidad minoritaria. El caso de los mormones fundamentalistas

En S. Liddiard Cárdenas, J.A. Trujillo Holguín, F.A. Pérez Piñón y G. Hernández Orozco (coords.). *La historia oral: usos y posibilidades en la investigación histórico-educativa* (pp. 9-19). Chihuahua, México: Red de Investigadores Educativos Chihuahua.



Esta obra está bajo licencia internacional
Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0.
CC BY-NC 4.0

La ética en el uso de testimonios de una comunidad minoritaria. El caso de los mormones fundamentalistas

STEFANY LIDDIARD CÁRDENAS

UNA COMUNIDAD MINORITARIA

Una de las aristas a considerar durante el proceso indagativo en la comunidad que conforma un grupo de mormones fundamentalistas fue definirlos como una minoría étnica, religiosa y cultural. Esto debido a que comparten un espacio geográfico, idioma, formas de organización específicas, así como una serie de costumbres y tradiciones que los hace particulares. Se trata de una comunidad que mantiene formas de pensamiento y convivencia que no coinciden con las sociedades mayoritarias que les rodean. Corroborando que “el énfasis en la singularidad aísla la historia de estos grupos del marco social en que se formaron y desarrollaron, convirtiéndolos en casos especiales” (Barela, Miguez y García, 2004, p. 14).

El sentido que se le otorga al vocablo *étnico* que es utilizado en este documento proviene de la discusión de Stavenhagen (1992) sobre los enfoques y postulados con los que se abordan las múltiples definiciones y caracterización de las relaciones étnicas. Si bien Stavenhagen aclara uno a uno el listado de elementos para identificar una etnia, reconoce que comúnmente se combinan y refuerzan entre sí. Por ello y tomando como base la propuesta del autor, se considera a la comunidad centro de este trabajo como una etnia, al cotejar las pautas para su identificación.

Entre las características objetivas que indica el mismo autor y que son determinantes en la identificación de esta comunidad están la religión y su ascendencia estadounidense, mismas que orientan los factores subjetivos e identitarios de esta comunidad. En consecuencia, se afirma que la etnia cuenta con la interrelación de factores externos e internos, y mediante estas interacciones se va estructurando y perfilando como tal. Así mismo, ubicarles en una posición minoritaria se debe al

espacio que ocupan dentro de las diferentes estructuras estatales, las cuales sirven como marcos referenciales para considerarse por sí misma o por otros como minoritaria.

En el caso particular de la religión como elemento externo, y como lo menciona Stavenhagen (1992), se trata de “un importante marcador de la identidad étnica de un pueblo” (p. 57). Así que referirse a una comunidad derivada del mormonismo fundamentalista refleja la relación entre aquello visible y lo que solamente tiene sentido para los miembros de la etnia, ya que “la religión condiciona el comportamiento interpersonal, las instituciones locales y públicas, el derecho y la justicia, los valores morales y las normas y costumbres de las personas” (p. 58). Además la religión es un elemento que forja el pensamiento identitario de la comunidad, ya que “cuanto más imbricado se encuentra el factor religioso con los demás elementos de la vida social de un pueblo, mayor importancia tendrá la religión como factor determinante en la caracterización de una etnia” (p. 58).

En este sentido, se hace necesario aclarar la denotación *fundamentalistas*, proveniente del ámbito religioso, ya que esta agrupación surgió y se mantiene cohesionada por el hecho de profesar los mismos preceptos religiosos. Históricamente, a mediados de los años cincuenta del siglo XX varias familias se congregaron para seguir los preceptos de una nueva iglesia llamada Iglesia del Primogénito de la Plenitud de los Tiempos, la cual se fundamenta en los mandatos y documentos iniciales de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, conocida como iglesia mormona. Esta agrupación no es reconocida como parte de iglesia mormona, ni como una rama de ella, ya que estos nuevos adeptos no acataron las normativas vigentes, que para aquel momento habían cambiado de forma significativa durante más de un siglo. Así fue que, durante el mes de abril de 1955, en Utah, Estados Unidos de América, un hombre de apellido LeBaron se autoproclamó como el profeta de esta nueva iglesia e indicó a todos sus seguidores que migraran hacia el país vecino, donde ya les esperaba un territorio al noreste del estado de Chihuahua, en el poblado de LeBaron dentro del municipio de Galeana, lugar en el cual podrían radicar y seguir con los cánones de la novel iglesia, sin tener repercusiones ni juicios de valor en su contra.

Ahora bien, los primeros acercamientos a esta comunidad fueron determinantes para llevar a cabo este trabajo desde la oralidad, ya que fue posterior a múltiples visitas al poblado de mormones fundamentalistas que se decidió profundizar sobre el tema del sentido de identidad de esta comunidad, el cual se interpretó al lado

de los protagonistas de dicha historia. Como parte elemental para inmiscuirse en el tema identitario se colocó especial interés en la reconstrucción histórica, organizando una serie de quiebres históricos elementales que repercutieron en la conformación de su identidad. Específicamente, se consideraron como ejes transversales interpretativos la historicidad y los procesos de educación informal, ambos presentes durante la interpretación.

Es posible afirmar la importancia de un trabajo que enlace la identidad de esta etnia con el plano histórico educativo. Esto debido a los múltiples acercamientos de externos, quienes desde la lejanía elaboran escritos en los que manifiestan desconocimiento sobre la historicidad de este grupo y sus repercusiones en sus formas de pensar y actuar; textos centrados en aspectos sensacionalistas en la mayoría de las ocasiones, o bien algunos otros en los que exhiben ataques desde una perspectiva que no refleja un verdadero análisis contextual, fundamentado y procedente de sus formas particulares de vida; concluyendo que muchas de las exploraciones se realizaron con la única finalidad de vender una serie de supuestos, más que de generar conocimiento sobre esta comunidad, a quienes se les juzga, en ocasiones sin conocerles.

Así pues, con el objetivo de conocer e interpretar el sentido de identidad de la comunidad mormona fundamentalista se recurrió a la historia oral para recuperar testimonios, derivados de una serie de entrevistas en profundidad efectuadas con varios de los habitantes de la agrupación. A la par se llevó un registro de las observaciones durante las visitas a este lugar, las cuales se consideran como una fuente de información valiosa, al observar formas de convivencia dentro de su vida cotidiana entre los descendientes o actuales miembros de esta agrupación. Con la información obtenida de las entrevistas y observaciones se realizó la triangulación e interpretación al cotejar con diferentes documentos para lograr así la mencionada reconstrucción, desde una visión con más aristas; consumando así el hecho de que “el historiador tiene la obligación de cotejar con fuentes escritas, ya que los aspectos que más le interesan forman parte del campo de las ideas y de las mentalidades sociales en relación con acontecimientos históricos” (Mariezkurrena, 2008, p. 229).

Específicamente, y profundizando en el uso de la historia oral como útil recurso al investigar dentro de una comunidad minoritaria, tal como la que se ubica al norte de México, se atestigua que el interés en recuperar una serie de entrevistas pertenecientes a una agrupación étnica se materializó con la ayuda de conocer esta historia, lentamente encaminada a recuperar la visión de los habitantes de

una sociedad, una agrupación a la cual se le ha volteado a ver en pocas ocasiones, y cuando se ha hecho, las reflexiones han estado marcadas por una serie de prejuicios o confusión, los cuales surgen de un desconocimiento que trasciende geografías, iniciando desde las más cercanas. Entonces, esta tarea constituyó una forma de reconstruir y presentar una historia desconocida por la mayoría, evitando los problemas de ignorancia e incompreensión al detallarla desde las narrativas de sus protagonistas.

Como sujetos singulares encarnan de manera única e irrepetible los valores, modas, costumbres, normas, mitos del orden familiar, grupal, social, etc., que los incluye y lo hacen dentro de un contexto social que no es estático, sino que, por el contrario, está continuamente afectado por las contradicciones, rivalidades y tensiones de sus miembros [Barela, Míguez y García, 2004, p. 14].

En este sentido, se considera que el acercamiento a los informantes o entrevistados debe precederse por una preparación del investigador, quien además demostrará cierta pericia para lograr dilucidar y expresar la idea central del entrevistado, sin perder de vista tanto la intencionalidad del proceso indagativo como las condiciones particulares que rodean a los personajes, quienes son el centro del trabajo. Precisamente sobre el uso de los testimonios y de la historia oral, así como las diferencias entre estas, se expresan las ideas en palabras de Pozzi, quien menciona lo siguiente:

La utilización de testimonios orales para reconstruir el pasado es un recurso tan antiguo como la Historia misma. La Historia Oral en cambio, ya sea que la consideremos como una especialidad dentro del campo historiográfico o como una técnica específica de investigación contemporánea al servicio de varias disciplinas, es un producto del siglo XX que enriqueció sustancialmente el conocimiento de la historia contemporánea [2012, p. 63].

Para ahondar sobre este aspecto se dedica un espacio en el siguiente apartado, en el cual se señalan los principales aspectos teóricos y metodológicos de la historia oral para comprender su relación con este trabajo. Así mismo se considera pertinente iniciar con una breve descripción del encauzamiento de los cambios en los paradigmas historiográficos y su relación con la historia oral, así como incluir puntualizaciones sobre términos como “memoria”, “memoria colectiva”, “experiencias”, “recuerdos” y “olvido”.

LA HISTORIA ORAL, MÉTODO Y TEORÍA

El postmodernismo abandona el pensamiento único de la modernidad y el progreso. Considera la historia desde un punto de vista poliédrico, con la intención de liberarla de los tradicionales moldes académicos o metodológicos [...] El postmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una corriente intelectual propiamente dicha. Entre esas tendencias convergentes cabría destacar el postestructuralismo foucaultiano, el deconstruccionismo derridano, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau y las derivaciones del giro lingüístico [Aurell, 2005, pp. 113-114].

El fragmento anterior aclara que las tendencias epistémicas y metódicas ciertamente han influido en el modo de concebir y escribir la historia. Las formas de hacer historia oral varían en función del objetivo que se busca lograr, por lo cual lo que aquí se expone como caso en particular no pretende cerrarse ante la multiplicidad y complejidad investigativa. En consecuencia se reconoce que la investigación histórica tiene diferentes alcances, dependiendo de los intereses y posibilidades de las partes involucradas.

Dichos cambios teóricos y metodológicos han impactado a nivel mundial en la investigación histórica, lo cual queda expuesto principalmente al analizar sus paradigmas historiográficos. Advertidos de manera general, los paradigmas han transitado desde el materialismo histórico, visión positivista, estructuralismo, hacia aquellos en los que paulatinamente se permitió una apertura hacia la interdisciplinariedad, aceptando la interpretación de los acontecimientos históricos con el afianzamiento de distintos préstamos metódicos. Al inicio de la década de los ochentas, mediante el diálogo compartido con la antropología y el uso de la etnografía se comprendió mejor esta dinámica, que posteriormente, con el retorno hacia los acontecimientos, se le otorgaría mayor empuje hacia las narrativas en el ámbito historiográfico.

Con esta visión cada vez más integradora en la disciplina, se pasó de tener como punto focal a las narrativas de las grandes historias hacia un interés en la recuperación de aquellas desde pequeños grupos o comunidades, para interpretar el pensamiento o mentalidad proveniente directamente de sus actores. En conformidad con estos cambios, el papel del historiador también se modificó con este retorno a la narrativa, sin denostar o indicar la inexistencia de la paleografía en los actuales trabajos investigativos de quienes recurren a los archivos históricos como fuente básica de información. Lo que se indica es que al oficio del historiador se le

fueron agregando una serie de elementos formativos para que pudiese enfrentar los cambios en las formas e intereses de la historia.

En historia oral —según lo define Grele— la meta es traer a la expresión consciente la problemática ideológica del entrevistado, revelar el contexto cultural en que se transmite la información y así transformar una historia individual en una narrativa cultural, para entender de manera más plena lo que pasó en el pasado [Barela, Míguez y García, 2004, p. 15].

En lo particular, al interior de la comunidad minoritaria se localizó poca documentación disponible para los externos, optando por recopilar información mediante las fuentes orales para lograr reconstruir su historicidad, la cual se complementó con documentos o bibliografía proporcionada por los mismos habitantes. Con estos dos principales insumos se organizaron y secuenciaron los antecedentes, incluyendo los sucesos o quiebres históricos y su devenir que, al provenir de los personajes, fueron detallados con testimonios paralelos que sirvieron para conjuntar, ensamblar y brindar sentido a toda esta información, cumpliendo con el compromiso tácito de la historia oral de “rescatar el mayor número de materia verbal, que no se ha escrito, que no se escribirá, ya sea por circunstancias de educación, de tiempo, por escasez de posibilidades, por cuestiones de orden político, etc.” (Meyer y Olivera, 1971, p. 378).

Archila (2005) narra que la historia oral reclama incidir en las experiencias populares, algo que surgió en Europa, y dependía del tipo de información que se buscaba, reflejado en muchas ocasiones mediante las historias de vida y con el uso de la etnografía, haciendo posible sacar a la luz aspectos ocultos de las respectivas sociedades mediante un diálogo interdisciplinario. Esta historia encerrada en la vida cotidiana y su cultura, claro, desde un plano complementario del privilegio positivista, siendo en países periféricos donde se realizaron aproximaciones diferentes, pero sin estar claro cómo nació este nuevo paradigma. En América Latina, fue entre las décadas de los cincuentas y setentas que llegó para reconstruir una historia elitista, pero rápidamente tomó rumbos populares, lo que resultó y que en ocasiones se ha mantenido como la noción de no tener rigor metodológico suficiente.

En el caso particular de México, debido a que “por lo general siempre recibimos tardíamente las influencias de fuera” (Meyer, 1998, p. 128), las primeras apariciones de esta historia, según las especialistas en historia oral en este país Meyer y Olivera (1971), se remontan al año de 1959, cuando Wigberto Jiménez

organizó el archivo sonoro del Departamento de Investigaciones Históricas, en el cual se preservaron los testimonios de aquellos actores políticos y militares que participaron durante la Revolución mexicana. Este archivo se reorganizó en 1968 para recopilar más material, extendiéndose lentamente a otros campos. Luego, otro momento relevante para la oralidad fue entre 1964 y 1965, cuando James y Edna Wilkie elaboraron un libro derivado de entrevistas; a partir de ese momento se utilizó la entrevista en diversas áreas, creando con ello diversas políticas para realizar transcripciones y su publicación.

Actualmente en el campo de la historia los testimonios se ubican en un espacio destacado al realizar investigación, confirmando que la historia oral dentro del campo de las ciencias sociales se utiliza recurrentemente como un procedimiento fructífero mediante el cual se pueden dar a conocer aspectos que por lo regular permanecen en silencio. Otorgar voz a las *voces silenciadas* es el principal objetivo de la historia oral desde el plano historiográfico. Dentro del complejo proceso que la envuelve, la ética para el uso del testimonio es un aspecto que se debe considerar de manera especial, por ello se reitera que “la historia oral implica ciertos problemas y obligaciones; se convierte de hecho en un sistema extractor de recuerdos, de ideas y memorias que contribuyen a conocer mejor la Historia” (Meyer y Olivera, 1971, p. 372).

Estas consideraciones sugieren que la mencionada formación del historiador sea repensada, por lo cual es pertinente estudiar lo que Rodríguez (2014) maneja metodológicamente sobre las “dos dimensiones en la fuente oral: la de su creación y la de su interpretación” (p. 148). La primera como una técnica para recuperar el testimonio y que asume una parte subjetiva, además de reunir los intereses, de quien pregunta –incentivando la memoria– y de quien ofrece su narrativa –resignificando hechos del pasado y mediante la memoria los trae al presente–. Es importante resaltar, aunque parezca obvio, que es un momento indagativo en el que está presente la subjetividad de ambos ya que “la subjetividad, la memoria y la particularidad de la fuente son las características que definen la historia oral” (Barela, Míguez y García, 2004, p. 14).

Al asumir que en esta experiencia existen una serie de elementos para rescatar e interpretar las subjetividades mencionadas, se vuelve inevitable señalar que el marco de estas interpretaciones, en el caso de la comunidad de mormones fundamentalistas, se estableció junto al conocimiento de la vida cotidiana como una meritoria fuente de información. De aquí la destreza investigativa para voltear a ver esta cotidianidad y no solo los documentos, ya que “para el historiador oral

la subjetividad es parte de lo material de la historia, al igual que lo pueden ser los datos” (Pozzi, 2012, p. 62).

En este mismo tenor, la subjetividad está inmiscuida en el pensamiento social de la comunidad, incluso se menciona que “toda historia, y todo estudio histórico, remiten a una noción de presentismo y de historia reciente, más allá del tiempo cronológico que sea su eje de estudio” (Pozzi, 2012, p. 62). Es así que se otorga un papel fundamental a los protagonistas como parte del contexto, en el cual se manifiesta su devenir histórico que se encuentra en constante movimiento, reconociendo el dinamismo de la vida cotidiana que alberga las prácticas y costumbres particulares que aportan los miramientos específicos útiles para abordar la temática seleccionada. En este sentido, y concordante con lo que expresa Pozzi, se marca que “el tema de la memoria y de los recuerdos históricos también se encuentran ligados e inficionados por pautas, tradiciones y patrones culturales de sociedades determinadas” (2012, p. 61). Con estas ideas se testifica la necesidad de abrirse ante los sujetos de la agrupación minoritaria, quienes son la figura activa y central en esta historia, que es tan rica como la multiplicidad de sus piezas.

Para deslizarse en el tema de la memoria es necesario considerar los olvidos y los recuerdos. En este caso la memoria colectiva se forja precisamente al recuperar los recuerdos; este tipo de memoria incluye el movimiento entre la recepción y transmisión al interior de un grupo, la cual se constituye por los modos de relación, las creencias, tradiciones, ritos y símbolos, en fin, aquello con lo que el grupo va conformando su sentido de identidad y que no se trata solo de un listado de fechas o acontecimientos (Barela, Míguez y García, 2004).

Así mismo, para delimitar la memoria colectiva se acude a Betancourt (2004), quien extrae una precisa diferenciación sobre los tres tipos de memoria: histórica, colectiva e individual. La memoria histórica la establece como “reconstrucción de los datos proporcionados por el presente de la vida social y proyectada sobre el pasado reinventado” (p. 126). En cuanto a la memoria colectiva, es la que “recompone mágicamente el pasado, y cuyos recuerdos se remiten a la experiencia que una comunidad o un grupo pueden legar a un individuo o grupos de individuos” (p. 126). Finalmente indica que la memoria individual es aquella que “enfrenta a la memoria colectiva, es una condición necesaria y suficiente para llamar al reconocimiento de los recuerdos” (p. 126).

Continuando con los planteamientos de Betancourt (2004), se afina que la memoria se construye desde la experiencia vivida y de la experiencia percibida. Referente a la primera, se trata del conocimiento que poseen los integrantes de una

colectividad sobre sus procesos históricos, sociales y culturales, que se aprehenden durante el trascurso de su vida. Aplicando este tipo de experiencia a la comunidad de LeBaron se ejemplifica con el conocimiento que tienen acerca de su proceso migratorio, o bien de sus prácticas cotidianas comunitarias y sociales, las cuales van nutriendo su mentalidad y emociones sobre los acontecimientos. En cuanto a la experiencia percibida, esta comprende los mismos procesos históricos, sociales y culturales, pero de ellos toman el sentido del discurso, ya sea religioso, político, filosófico u otro, el cual proviene de los diferentes medios de comunicación o de mensajes culturales, mismo que se convierte en conocimiento formal e histórico acumulado con el paso del tiempo.

La experiencia surge “espontáneamente” en el ser social, pero ella no brota sin pensamiento; surge porque los hombres son racionales, piensan y reflexionan sobre lo que les acontece a ellos y a su mundo; dentro del ser social se produce una serie de cambios que dan lugar a la experiencia transformada; dicha experiencia produce presiones sobre la conciencia social, generando nuevos y mejores cuestionamientos [Betancourt, 2004, p. 127].

Con los planteamientos anteriores se muestra la relación entre la historia oral, la reconstrucción histórica y el sentido identitario de la comunidad. Para edificar la memoria colectiva se precisa la experiencia y la memoria —que, en términos de Portelli (1991), la memoria no es un simple depósito de los acontecimientos sino un proceso en el cual se crean los significados—. Al mismo tiempo en la memoria se incluyen las experiencias, compuestas tanto de recuerdos como de olvidos. “El recuerdo se sitúa, así como la frontera, como el límite, en la intersección de varias corrientes del pensamiento colectivo, hasta el punto que nos resistimos a remover (traer) los recuerdos, los eventos que nos conciernen solo a nosotros” (Betancourt, 2004, p. 126). Es así que el modo para conocer e interpretar el tan buscado sentido identitario de la comunidad recae en adentrarse en las narrativas que albergan y dan cuenta de sus conocimientos sobre su vida cotidiana y que incluyen sus valores, creencias, mitos, etc.

Ahora bien, en términos metodológicos, para cubrir con los requerimientos de interpretar y reconocer al sujeto como el creador de estas subjetividades es propicio el uso de diversas técnicas. En este sentido “la historia oral, al igual que en la antropología y en la sociología que investiga con metodologías cualitativas, debe ir también al mundo de la vida para obtener sus fuentes” (Hernández, 2011), afirmando que este tipo de investigación deberá encaminarse hacia una

interdisciplinaria con la cual sea posible un préstamo de métodos entre diferentes disciplinas, posibilitando la construcción de diversas formas de búsqueda que desemboquen en el cumplimiento del objetivo. Con el siguiente fragmento de Rodríguez, Pérez y Sánchez (2014) se cierra el presente apartado y se abre el diálogo sobre los aspectos éticos, parte nodal de este texto.

A través de la historia oral se nos permite conocer el mundo de la persona desde dentro, es decir, a través del punto de vista de la implicada, se nos permite disfrutar de una mirada personal e íntima de su relato de vida personal [2014, p. 195].

ASPECTOS ÉTICOS EN UNA COMUNIDAD MINORITARIA

Para aprovechar el potencial de la historia oral y que se incremente su aceptación en el terreno académico es necesario demostrar que las investigaciones se manejan con profesionalismo y con el suficiente cuidado metodológico. Por ello, aquellos estudios que incluyen relatos o testimonios –con los que busca comprender el actuar y las formas identitarias, las representaciones y el pensamiento social que residen en la memoria colectiva de una agrupación– deberán elaborarse bajo un escrutinio del investigador, quien está obligado a reflexionar constantemente sobre los aspectos éticos a considerar.

Repensando sobre la responsabilidad ética, moral y legal del investigador social y el uso que se le otorga en este texto es que se discierne sobre los cuatro grandes principios de Hall (2008). El principio de integridad, al respetar la integridad física y mental de los participantes; el principio de dignidad, que asegura su consentimiento informado; el principio de privacidad, para respetarla y no divulgar información confidencial, y finalmente el principio de bienestar social, al no hacer daño a la comunidad o sociedad que la compone.

Con estas categorías éticas presentes en el caminar indagativo se recurrió a la historia oral al interior de la comunidad minoritaria, misma que no se dirigió solo a la recuperación de un testimonio sino que se centró en las significaciones extraídas de varios puntos de vista, en los que cada uno de los miembros de la etnia desde su narrativa hizo aportaciones y con ello se dio evidencia de su sentido identitario. Son relatos que posibilitan una historia enriquecida, en la cual se busca una comprensión e interpretación de esa vida cotidiana de la que se habló.

Los informantes, testigos presenciales que cuentan el relato de sus vidas, lo hacen en su doble calidad de individuos singulares y de sujetos colectivos. Cada uno de ellos es único, pero al mismo tiempo en el camino de construcción de su subjeti-

vidad han sufrido la influencia familiar, barrial, social, socioeconómica, cultural, en que han vivido y viven [Barela, Míguez y García, 2004, p. 14].

Así mismo, la realidad, experiencias, recorrido de vida, formación e intereses de quien investiga repercuten en el tema y sobre los actores en los que muestra interés. Las posibilidades de explorar al interior de determinada comunidad, grupo u hogar para escuchar atentamente los relatos y entablar un diálogo con la propia fuente de información debe ser algo a prever antes de comenzar el proceso de indagación; en función de que las entrevistas son el espacio en donde se detallan situaciones no solamente fácticas, sino que incluye toda una relación emotiva al traer al presente aquellos recuerdos que respaldan las narrativas, con lo que caracterizan sus relatos.

El entrevistador lleva un ordenamiento, selección e interpretación histórica preexistente, también el entrevistado llega a la entrevista con su propia conciencia histórica, su propia interpretación de la historia de su comunidad [...] aceptando que el entrevistador no puede ser neutral y que influye en su informante, resulta imprescindible revertir la idea de que esto constituye un obstáculo e incorporarse a sí mismo como una variable más a tener en cuenta [Barela, Míguez y García, 2004, p. 20].

Como se puede discernir junto a las reflexiones expuestas, la posibilidad de acceder a los relatos y el hecho que los habitantes de una comunidad —que ha sido juzgada durante décadas— permitan el ingreso de externos a sus hogares, lugares de trabajo y áreas de relación social, genera un vínculo con quien investiga, ya que todo esto conlleva una apertura, pero también cierta vulnerabilidad de los implicados. En este sentido, Betancourt (2004), en un esfuerzo de cuidar las historias orales o narraciones, se adhiere a Williams y García para reconocer la existencia de la *contaminación ideológica*; también refiere a White con el problema de crear una visión romántica del pasado y presente con el cual se agrega un *culto* al pueblo, lo que hace caer la balanza hacia no criticar, ser lo más imparcial posible con las fuentes orales y evitar caer en un *populismo peligroso*.

Tener acceso a estos testimonios encierra una gran responsabilidad, al no tener interés solamente en el relato de los acontecimientos sino también en los sentimientos y emociones de los pobladores. Por lo tanto, en un ejercicio previo a la entrada al campo se consideraron dichos aspectos éticos, ya que los marcos interpretativos del investigador, al ser diferentes al de los habitantes de la comunidad sectaria, exigieron lentos acercamientos abstractos, iniciados con la revisión de la

literatura, conociendo mínimamente sobre ellos sus antecedentes y fundamentos religiosos. Meyer y Olivera (1971) afirman que la entrevista se debe preparar para no abrumar a los entrevistados con cuestiones que para ellos sean conocidas o intrascendentes. “El entrevistador debe conocer a su entrevistado, y saber lo que quiere; tener un programa, obliga a que se emplee más tiempo en preparar una entrevista que en realizarla, en ‘empaparse del personaje’, antes de comunicarse con él” (p. 376). Porque aquel que se acerca debe escuchar de lo que el informante desee dar testimonios y no aquellas narrativas académicas que se pudieran esperar.

En el proceso de interpretación el investigador debe reflexionar y dejar asentado en el producto final sobre su rol como entrevistador, los preconceptos que tenía sobre el informante y su cultura, cómo se lo llegó a conocer y su relación en el tiempo, y cómo sus preguntas intervinieron en la configuración de la entrevista [Barela, Miguez y García, 2004, p. 20].

Estas dificultades son visibles cuando se presta atención a los marcos interpretativos del investigador quien, al no pertenecer a la mencionada comunidad, posee claramente una cosmovisión diferente. Lo que se transformaría en conflicto al ausentarse el respeto ante la diversidad, al momento de adentrarse en una cultura con prácticas que, desde la mirada externa, son desconocidas e inusuales. Para mitigar la problemática que nace del choque cultural resulta ventajoso, antes de comenzar con la recuperación de las entrevistas, conocer la agrupación de forma abstracta o bibliográfica, consiguiendo así esbozar un panorama general, y posteriormente, ya con los antecedentes, poder acudir de la mano con algún integrante de la misma comunidad, que si bien es una forma, no garantiza la apertura y aceptación del externo quien investiga y puede ser juzgado por aquellos, quienes lo miran como algún intruso que ronda sus calles en búsqueda de respuestas.

Debido a las características herméticas de la agrupación y las pautas que marcaron la oportunidad de conversar con algunos miembros de esta comunidad minoritaria, se propició una elección de personajes de forma dirigida, recayendo en aquellos que mostraron disposición para entablar conversaciones en varias ocasiones. Estos personajes fueron quienes, al ser parte de la comunidad y conocer al resto de los integrantes, pudieron cavilar desde sus marcos referenciales quiénes podrían ser los siguientes, ya sea por su disposición o bien por el conocimiento o reconocimiento de la propia sociedad. En este punto, Meyer y Olivera (1971) apuntan que el “historiador oral debe intentar convencer al sujeto; sin embargo, en aquellas ocasiones que se niegue —que no son escasas—, debe aceptarse que el

sujeto entrevistable escriba lo que desea comunicar, aunque solo sirva de complemento documental” (p. 385).

Otro aspecto ligado al anterior e indispensable al entablar el diálogo con los habitantes fue informar a los entrevistados del objetivo de estas comunicaciones. En este caso se les hizo saber que los testimonios no serían utilizados para resaltar aspectos sensacionalistas, sino que con ellos se buscó mostrar un mundo desconocido para la mayoría, una etnia con dinámicas e interacciones particulares, pero no enjuicables, y con ello permitir en el otro la reflexión sobre las diferentes formas de vida, las cuales dan forma a la identidad –concebida como algo dinámico– no solo de esta agrupación, sino parte de la conformación identitaria chihuahuense.

Al mismo tiempo, lograr que los entrevistados permitan grabar las entrevistas es también algo difícil, pero en lo que se debe tener especial cuidado para evitar los tres problemas legales que mencionan Meyer y Olivera (1971): la difamación, la violación de la vida privada del individuo entrevistado y los derechos de autor al publicarse la entrevista. Por ello, para cuidar de los testimonios se deben respetar algunas pautas básicas, entre las que se encuentra el anonimato de aquellos entrevistados que así lo solicitan y darles a conocer sus derechos; algo tan básico puede generar incluso mayor libertad y franqueza al momento de dialogar con los entrevistados. Asimismo, debe prevalecer el respeto ante la diversidad de posicionamientos, cosmovisiones, prácticas y tradiciones, en el sentido de que no se trata solamente de constatar algunos datos históricos sino de conocer sus formas culturales y educativas existentes.

Posterior a consumir las narrativas se hizo necesario organizar la totalidad de la información, misma que se clasificó en torno a las dimensiones y ejes trasversales previamente elegidos por el investigador sobre los cuales se interpretó el sentido de identidad de la comunidad. Cabe puntualizar que en un inicio se contemplaron tres dimensiones, pero durante las entrevistas emergieron tres nuevas, debido a la importancia que les brindaron los personajes a ciertos aspectos, más allá de las que resaltaron a los ojos externos durante las primeras observaciones. Con esto se demuestra la necesidad de flexibilidad para adaptar la información obtenida a la conveniencia de reconstruir una historia enriquecida, en la que el protagonista puede también traer cuestiones que no fueron estimadas por quien investiga.

Puesto que las historias de vida y el testimonio constituyen y cuestionan la práctica del historiador al exponerle el desafío de construir o reconstruir nuevas fuentes de información [...] los contextos creados permiten conocer sus relaciones sociales,

su percepción de mundo, así como, la forma de interpretarlos desde su particular punto de vista [Rodríguez, 2014, p. 149].

Entre los últimos comentarios de este apartado se marca la existencia de un vínculo entre el entrevistado y quien entrevista, sin que ello conlleve una enajenación de aquel que escucha. Es precisamente el entrevistador quien se desliza en aspectos páticos –en juego durante las comunicaciones–, debido a que se traen a la memoria varias situaciones o experiencias cargadas de emoción, por lo cual el entrevistador deberá interpretar a la luz de los nexos que ha distinguido y con ello lograr comprender el sentido y el significado de aquellas palabras que con dificultad han sido expresadas por las personas que se abren ante los desconocidos; a sabiendas de que se trata de individuos y grupos que narran su propia historia y con ello su vida en la cotidianidad, con el legítimo interés de ser reconocidos como un igual.

Finalmente, además de los puntos detallados sobre la ética en la historia oral aplicados a un caso en particular –los cuales podrían resultar útiles para quienes realicen investigaciones de este corte–, se resaltan como imprescindibles el consentimiento previo a las entrevistas y poner a disposición de los entrevistados las transcripciones de los escenarios verbales, para que los personajes expresen su aprobación, modificación o censura de los datos que consideren pertinentes.

CONCLUSIONES

Se concluye que mediante la historia oral es posible darle voz a aquellos que han permanecido en silencio durante años; que unido al plano educativo resulta conveniente colocar al centro los elementos culturales que se producen y reproducen en la vida cotidiana, en la cual se propicia una historia cargada de simbolismos, tradiciones y costumbres; elementos que se hacen visibles mediante relatos de sus protagonistas, quienes lo utilizan como un mecanismo para dar a conocer sus formas de vida, y cómo lo relacionan a su pasado como agrupación. Conocer las representaciones que se encuentran en el pensamiento social de una comunidad étnica y minoritaria favorece la reconstrucción e interpretación del sentido de identidad de la misma, lo que implica aceptar obligadamente la influencia de los procesos de educación informal presentes en cada espacio y derivados de la interacción de múltiples agentes educativos como la familia, la iglesia o la misma comunidad.

Se reconoce que la historia oral es una tarea difícil que implica una serie de problemáticas y obligaciones tanto metodológicas como éticas, por lo que requiere una preparación o formación de aquel que está interesado, quien preverá, al menos,

el conocimiento bibliográfico en el plano histórico y contextual, reconociendo que es una parte fundamental de su comportamiento que ha de encontrar al interior de las prácticas en la vida cotidiana de los grupos o individuos que son el centro de atención.

La reconstrucción histórica de una comunidad que ha vivido durante más de seis décadas en territorio mexicano está determinada por los quiebres históricos, por los procesos de educación informal, por la memoria individual, colectiva e histórica y también por aquello que desean expresar los entrevistados. Por esta razón se colocó especial énfasis en la conformación del sentido identitario, lo que implica conocer los marcos de pertenencia e interpretación desde la misma comunidad, los cuales son necesarios para reconocerse como tales y al mismo tiempo saber cómo los conciben los extraños desde fuera.

La historia oral como proceso dialógico entre el entrevistador y el entrevistado atiende dos intenciones manifiestas. La primera es la exposición de la voz del entrevistado, quien muestra a través de su memoria y olvidos aquello que quiere dar a conocer. La segunda la construye el entrevistador mediante su interpretación, en la que hay que reconocer que coexisten sus intereses y subjetividades particulares, al igual que en la primera. Por lo tanto se debe prestar constante atención durante las conversaciones y su interpretación, ya que incluyen un riesgo de interpretar desde la otredad, sin siquiera representar a los verdaderos personajes de esa historia, llámense individuos, grupos o comunidades, todos con dinámicas propias; lo que hace necesario unir las entrevistas con observaciones y confrontación de testimonios con diversos documentos, llegando a plasmar lo más cercano a la realidad en la que ellos interactúan diariamente.

Finalmente se concluye que los testimonios pueden recuperarse de manera individual o en pequeños grupos, pero siempre acompañados de la explicación sobre los objetivos indagativos, logrando cierta apertura, pero delimitada según los criterios que cada participante revela, según lo que desea comunicar. En cuanto al tiempo de entrevista, no existe una medida que cumpla con los intereses de los participantes, lo que se sugiere es la posibilidad de realizar varias entrevistas con los mismos personajes, permitiendo que los informantes seleccionen y ordenen sus ideas y recuerdos que en un primer acercamiento hayan pasado por alto. No se trata de ser espontáneo, más bien que al expresar su devenir como grupo, sus formas de vida, las experiencias que consideran relevantes, puedan reflexionar mediante algunos planteamientos y ejemplificaciones su punto de vista, conformado mediante sus experiencias vividas y percibidas.

Referencias

- Archila, M. (2005). Voces subalternas e historia oral. *Annuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (32), 293-308. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/8196>.
- Aurell, J. (2005). *La escritura de la memoria: de los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Barela, L., Míguez, M., y García, L. (2004). *Algunos apuntes sobre la historia oral*. Argentina: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Recuperado de: https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/archivo/archivo-oral/bibliografia/Barela_Miguez_conde.pdf.
- Betancourt, D. (2004). Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica: lo secreto y lo escondido en la narración y el recuerdo. En A. Torres y A. Jiménez (comps.), *La práctica investigativa en ciencias sociales*, Bogotá, Colombia: Universidad Pedagógica Nacional. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/dcs-upn/20121130052459/memoria.pdf>.
- Hall, R. (2008). *Ética de la investigación social*. Unidad de Bioética de la Universidad Autónoma de Querétaro. Recuperado de: <http://unidadbioetica.com/libros/E%CC%81tica-de-la-investigacio%CC%81n-social.pdf>.
- Hernández, G. (2011). Conversiones religiosas e historia oral. Pentecostales y mormones en contextos migratorios, en Bahía Blanca y área de influencia. *Revista Cultura y Religión*, 5(1), 135-155. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3713824.pdf>.
- Mariezcurrera, D. (2008). La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariç*, (23-24), 227-233. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3264024.pdf>.
- Meyer, E. (1998). Desconstrucción de la memoria, construcción de la historia. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, (19), 127-135. Recuperado de: http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/3411/Meyer_Eugenia_Deconstruccion_de_la_Memoria_Construccion_de_la_Historia_127-135.pdf?sequence=1.
- Meyer, E., y Olivera, A. (1971). La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas. *Historia Mexicana*, 21(2[82]), pp. 372-387. Recuperado de: <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2546/0>.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En W. Moss, A. Portelli, R. Fraser y otros, *La historia oral*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina. Recuperado de: <https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/archivo/archivo-oral/bibliografia/PORTELLI%20Alessandro,%20Lo%20que%20hace%20diferente%20a%20la%20historia%20oral.pdf>.
- Pozzi, P. (2012, ene.-jun.). Esencia y práctica de la historia oral. *Revista Tempo e Argumento*, 4(1), 61-70. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/3381/338130378005.pdf>.
- Rodríguez, A., Pérez, R., y Sánchez, A. (2014). Usos y beneficios de la historia oral. *REIDoCREA: Revista de Investigación y Docencia Creativa*, 3, 193-200. Recuperado de: <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/32326/ReiDoCrea3-A24.pdf?sequence=6&isAllowed=y>.

- Rodríguez, J. (2014). Visiones y representaciones. Historia oral, imágenes y guerrillas en América Latina. *Revista de Ciencias Sociales*, 3(145), pp. 147-160. Recuperado de: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/sociales/article/view/17618/17112>.
- Stavenghagen, R. (1992). La cuestión étnica: algunos problemas teórico-metodológicos. *Estudios Sociológicos*, 10(28), 53-76. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4470086>.